

el Presidente el buen aparejo y calidad de la gente que él tenía, no dejase de dar la batalla. Y en habiendo pasado el Presidente y asentado su campo en un llano á la vista de los enemigos, Gonzalo Pizarro sacó toda su gente por sus escuadrones, sacadas sus mangas de arcabuceros y en órden para dar la batalla, y comenzó á disparar el artillería y arcabucería para que el Presidente le viese y oyese; y aquel día de entrambos campos hubo espías y corredores, que se topaban unos con otros por la gran niebla que sobrevino. Y el Presidente, caso que vió al enemigo á punto para dar ó esperar la batalla, la quisiera dilatar, creyendo que muchos de sus contrarios se le pasarían habiendo para ello tiempo; pero no le daba lugar el sitio de su alojamiento, por la falta de comida que en él había, y por el gran hielo y frío, sin que hubiese alguna leña para remediarlo, de suerte que no lo podían sufrir; y aun también les faltaba el agua; de todo lo cual ninguna falta padecía el campo de Gonzalo Pizarro, porque tenían por fuerte el río y les venía abundancia del Cuzco, y el sitio era muy templado; porque, caso que estaban muy cerca del Presidente, los unos estaban en la sierra y los otros en el valle, como tenemos dicho. Y es tan notable la diferencia que en esto hay en el Perú, que acontece cada día hallarse gente en la cumbre de una sierra, donde es tanto el frío y hielo y nieve que cae, que no se puede sufrir; y los que están en el valle, con menos de dos leguas de distancia, buscan remedios contra la demasiada calor. Y con todo esto, Gonzalo Pizarro y su maestro de campo acordaron aquella noche subir secretamente por tres partes á dar en el campo del Presidente; lo que después dejaron de hacer porque se les huyó un soldado llamado Nava, y creyeron que aquel daría noticia del concierto, como lo hizo. Y este Nava y Juan Nuñez de Prado aconsejaron al Presidente que dilatase lo posible el dar de la batalla, porque la gente que andaba con Gonzalo Pizarro de los que escaparon de la rota de Diego Centeno tenían voluntad de le venir á servir en hallando oportunidad. Y así, estuvo el campo toda la noche en arma, desarmadas las tiendas, padeciendo muy gran frío, que no podían tener las lanzas en las manos; y aguardando que amaneciese, y mostrándose el día á gran priesa, comenzaron á tocar las trompetas y atambores, porque muchos arcabuceros de Gonzalo Pizarro iban buscando camino por una loma para dar en el real, á los cuales salieron al encuentro los capitanes Hernan Mejía y Juan Alonso Palomino con trecientos arcabuceros, y con ellos Pedro de Valdivia y el mariscal Alonso de Albarado, que fueron dándoles tanta priesa hasta que los hicieron volver. Y entre tanto que pasaba esta escaramuza, el Presidente con todo el resto del ejército bajó por detrás de aquella loma encubierto, hacía la parte del Cuzco, caso que para desvelar el enemigo hizo muestra que bajaba por aquella loma donde pasaba la escaramuza, con el capitán Pardaver, con treinta arcabuceros y alguna gente de caballo; y cuando Pedro de Valdivia y el Mariscal llegaron al cabo de la loma, llamaron al capitán Gabriel de Rojas para que llevase allí el artillería; el cual la hizo asentar y disparar, prometiendo á los artilleros que por cada pelota que metiesen en el escuadron de Pizarro les daría qui-

nientos pesos de oro; y se los pagó después á uno que dió en el toldo de Gonzalo Pizarro, que era muy señalado, y le mató dentro un paje; por lo cual les hicieron abatir todas las tiendas, porque les servían de terreros. En este tiempo, de la parte de Gonzalo Pizarro jugaba también el artillería, y él tenía sus escuadrones en órden. De caballo iban por capitanes el mismo Gonzalo Pizarro y el licenciado Cepeda y Juan de Acosta, y de infantería el maestro de campo Carvajal y Juan de la Torre, y Diego Guillen y Juan Vélez de Guevara, y Francisco Maldonado y Sebastian de Vergara, y Pedro de Soria por capitanes de artillería; y todos los indios que seguían á Gonzalo Pizarro, que eran muchos, se salieron del escuadron y se pusieron en la ladera de la cuesta.

CAPITULO VII.

De cómo se dió la batalla de Xaquixaguana, y de lo que en ella acaesció.

En tanto que la artillería de ambos campos disparaba, acabó de bajar al llano todo el campo de su majestad, yendo la gente sin órden, con la mayor priesa que podía, trotando á pié y los caballos de diestro, así porque la aspereza de la tierra no sufría otra cosa, como por excusar el peligro de la artillería que no diese en el escuadron, porque jugaba al descubierto; y así como iban bajando se iban poniendo en órden con sus banderas. Hicieronse dos escuadrones de caballo y dos de infantería. Del de caballo, que iba á la parte siniestra, eran capitanes Juan de Sayavedra y Diego de Mora, y Rodrigo de Salazar y Francisco Hernandez Aldana. En el escuadron de la parte derecha iba el estandarte real, de que era alférez Benito Suarez de Carvajal, y en su guardia iban los capitanes don Pedro de Cabrera y Alonso Mercadillo y Gomez de Albarado. Estos dos escuadrones de caballo llevaban en medio la infantería, aunque iba algo delantera. Eran capitanes el licenciado Ramirez, oidor de los confines, y don Baltasar de Castilla y Gomez de Solís, y don Hernando de Cárdenas y Pablo de Menezes, y Cristóbal Mosquera y Miguel de la Serna, y Diego de Urbina y Hierónimo de Aliaga, y Martin de Robles y Gomez Darias y Francisco Dolmos, y sin estos escuadrones, iba á la parte diestra, algo mas delantero, el capitán Alonso de Mendoza con su compañía de caballo, por sobresaliente, y con él iba el capitán Centeno con harto deseo de vengar la rota que le sucedió en Guarina. Fué sargento mayor deste campo Pedro de Villavicencio, natural de Jerez de la Frontera. Iba poniendo en órden la gente Pedro Alonso de Hinojosa, como general della, y con él iba el licenciado Cianca, porque el Presidente y el arzobispo de los Reyes iban algo delanteros hacía la montaña, por donde bajaba el mariscal Alonso de Albarado y Pedro de Valdivia con el artillería y con los trecientos arcabuceros, de que eran capitanes Hernan Mejía y Juan Alonso Palomino, los cuales, en bajando á lo llano, hicieron de su gente dos mangas. Hernan Mejía sacó la suya por la parte derecha hacía el río, y con él se puso el capitán Pardaver, y hacía la parte izquierda de la montaña sacó su manga Juan Alonso Palomino, y cuando el artillería iba bajando se pasó del campo de Gonzalo Pizarro al

del Presidente el licenciado Cepeda, oidor que habia sido del audiencia real, y Garcilaso de la Vega y Alonso de Piedrahita y otros muchos caballeros y soldados, en alcance de los cuales salió Pedro Martin de Sicilia con cierta gente, y hirió algunos y alanceó el caballo de Cepeda, y á él le hirió de suerte, que si no fuera socorrido por mandado del Presidente, peligrara. Entre tanto Gonzalo Pizarro se estaba parado en su campo, creyendo que los enemigos se le habian de ir á meter en las manos, como lo hicieron en Guarina. El general Hinojosa caminó con su campo paso á paso hasta se poner en un sitio bajo, á tiro de arcabuz de sus enemigos, donde el artillería no le podia coger, que toda pasaba por alto, aunque habian abajado mucho los carretones. En este tiempo las mangas de arcabuceros de ambos campos disparaban con gran diligencia, y el Mariscal y Pedro de Valdivia andaban sobresalientes haciendo dar priesa á sus arcabuceros. El Presidente y el Arzobispo, que iban en delantera, fatigaban los artilleros que tirasen á gran priesa, haciendo mudar los tiros como era necesario. Y viendo Diego Centeno y Alonso de Mendoza que hacía la parte donde ellos estaban se huían muchos de Gonzalo Pizarro, y él mandaba seguirles el alcance, donde peligraban algunos, pareciéoles salir con su gente hasta el río para hacer reparo á los que se huían, los cuales rogaban mucho al General no rompiese ni moviese los escuadrones, porque sin ningun riesgo los desbaratarían y se les pasaría la gente; y en este tiempo aconteció que, como una manga del escuadron de Pizarro, en que habia treinta arcabuceros, se halló tan cerca de sus contrarios, se pasaron al campo de su majestad, y por enviar tras ellos se comenzaron á desbaratar los escuadrones, huyendo unos hacía el Cuzco y otros hacía el Presidente, y algunos de sus capitanes ni tuvieron ánimo para huir ni para pelear; y viendo esto Gonzalo Pizarro, dijo: «Pues todos se van al Rey, yo también;» aunque fué público que el capitán Juan de Acosta dijo á Gonzalo Pizarro: «Señor, demos en ellos; muramos como romanos.» A lo cual dicen que respondió Gonzalo Pizarro: «Mejor es morir como cristianos.» Y viendo cerca de sí al sargento mayor Villavicencio, le llamó, y sabiendo quién era, dijo que se le rendía, y le entregó un estoque que traía en el ristre, porque habia quebrado su lanza en su misma gente que se le huía. Y así, fué llevado al Presidente y pasó con él ciertas razones; y pareciéndole aquellas desacatadas, le entregó á Diego Centeno que le guardase; y luego fueron presos todos los capitanes, y el maestro de campo Carvajal huyó, y pensando aquella noche esconderse en unos cañaverales, se le metió el caballo en una ciénaga, donde sus mismos soldados le prendieron y le trajeron preso al Presidente.

CAPITULO VIII.

Del alcance que siguió el Presidente á Gonzalo Pizarro y á su campo, y la justicia que hizo en ellos.

Como el Presidente desde el alto donde estaba vió huir hacía el Cuzco algunos de la retaguardia del enemigo, daba voces á la gente de caballo que arremetiese, diciendo que los enemigos iban de huida, y con todo, ninguno salió del escuadron hasta que se tocó la seña

del romper, porque estaban muy avisados dello; y visto ya claro que todos iban huyendo y desbaratados, les siguieron el alcance, hiriendo y matando ó prendiendo á los que alcanzaban. Fueron presos Gonzalo Pizarro y su maestro de campo Carvajal, y Juan de Acosta y Guevara y Juan Perez de Vergara; murió allí el capitán Soria. Los soldados arremetieron á saquear el campo, donde hallaron mucho oro y plata, y caballos y mulas y acémilas, donde quedaron muchos ricos, á quien cupieron á cinco y á seis mil pesos de oro. Y era tanta la riqueza que allí se halló, que topando un soldado con una acémila cargada, le cortó los lazos, y dejando la carga, se fué con el acémila; y antes que él se apartase veinte pasos llegaron otros soldados mas diestros, y desliando la carga, hallaron que toda era de oro y plata, aunque iba envuelta en mantas de indios por disimular lo que habia, y les valió mas de cinco mil ducados. Aquel día reposó allí el campo, porque iban muy fatigados de tantos días como habia que no se quitaban las armas. El Presidente proveyó que los capitanes Hernan Mejía y Martin de Robles fuesen con su gente al Cuzco á estorbar que muchos de los soldados que hacía allí habian ido no saqueasen la ciudad ni matasen gente, porque era tiempo en que cada uno procuraba vengar sus enemistades particulares so título de la victoria, y para que estos capitanes prendiesen los soldados de Pizarro que se hubiesen huido. Otro día siguiente el Presidente cometió el castigo de los presos al licenciado Cianca, oidor, y á Alonso de Albarado como maestro de campo suyo, los cuales procedieron contra Pizarro por sola su confesion, atenta la notoriedad del hecho, y le condenaron á que le fuese cortada la cabeza, la cual fuese puesta en una ventana que para ello se hiciese en el rollo público de la ciudad de los Reyes, cubierta con una red de hierro y un rétulo encima que dijese: «Esta es la cabeza del traidor Gonzalo Pizarro, que se levantó en el Perú contra su majestad, y dió batalla contra su estandarte real en el valle de Xaquixaguana.» Demás desto, le mandaron confiscar sus bienes y derribarle y sembrarle de sal las casas que tenia en el Cuzco, poniendo en el solar un padron con el mismo letrero; lo cual se ejecutó aquel mismo día, muriendo como buen cristiano. Así en el tiempo de su prision como en la ejecucion de su muerte le hizo el capitán Diego Centeno, que le tenia á cargo, tratar muy honradamente, sin permitir que ninguno le dijese palabra deshonesto; y al tiempo que lo mataron dió al verdugo toda la ropa que traía, que era muy rica y de mucho valor, porque tenia una ropa de armas de terciopelo amarillo, casi toda cubierta de chapería de oro, y un chapeo de la misma forma; y aun porque no le desnudase hasta que le llevasen á enterrar rescató Centeno al verdugo todo el valor de la ropa, y otro día le hizo llevar á enterrar al Cuzco muy honradamente, y la cabeza se llevó á los Reyes, donde se puso segun la forma de la sentencia. Fué descuartizado aquel día el Maestro de campo y ahorcados ocho ó nueve capitanes de Gonzalo Pizarro, aunque también después, como iban prendiendo los demás principales los justificaban. Luego se fué al Cuzco con todo su campo, y envió al capitán Alonso de Mendoza con cierta gente á la provincia de los Char-

cas á prender algunos á quien habia enviado allá Gonzalo Pizarro por dineros, y otros que se habian huido; y entendiendo que toda la mas de la gente habia de acudir á las minas de Potosí, que son en aquella provincia de los Charcas, como al lugar mas rico de la tierra, envió por gobernador y capitán general al licenciado Polo Hondegardo, y para que tambien castigase los que allí hallase culpados, así por haber favorecido á Pizarro como por no haber acudido á servir al Presidente al tiempo que pudieron. Y juntamente con él envió al capitán Gabriel de Rójas para que tuviese cargo en aquella provincia de recoger los quintos y tributos de su majestad, y las condenaciones que el Gobernador hiciese. De lo cual todo en breve tiempo el licenciado Polo recogió y envió un millon y docientos mil castellanos, teniendo á su cargo lo uno y lo otro, porque pocos días después de legado Gabriel de Rójas, falleció. Entre tanto el Presidente se estuvo en el Cuzco, ejecutando cada día nuevas justicias, segun las culpas hallaba en los presos, á unos descuartizando y ahorcando, y á otros azotándolos y echándolos á galeras, y proveyendo otras cosas necesarias y concernientes á la pacificación y quietud de la tierra; y usando del poder y comision que de su majestad tenia, perdonó á todos los que se hallaron en aquel valle de Xaquixaguana y acompañamiento del estandarte real de todas las culpas que les pudiesen ser imputadas durante la rebelion de Pizarro en cuanto á lo criminal, reservando el derecho á las partes en cuanto á los bienes y causas civiles, segun se contenia en su comision. Esta batalla, de que tanta mencion quedará en aquella provincia perpetuamente, se desbarató lúnes de Cuasimodo, que fué á 9 de abril del año de 48.

CAPITULO IX.

Del repartimiento que el Presidente hizo de la tierra después de la victoria.

La victoria habida, y deshecha la tiranía de Pizarro, y castigados los que della resultaron culpados (en la forma que está dicho en el capítulo precedente), se proponia otra muy gran dificultad y de mucha importancia para el sosiego de la tierra, que era derramar tanta gente de guerra como estaba junta, porque no sucediesen otros inconvenientes como los pasados, aunque para hacerlo era necesario mucha prudencia y tiento; y siendo el número de la gente mas de dos mil y quinientos, y los repartimientos ciento y cincuenta, estaba claro que no podia cumplir con ellos con todos los demandadores, y que habian de quedar casi todos descontentos; y después de haberse tratado de la forma que en el derramamiento deste ejército se ternia, por ser materia tan peligrosa y que no sufría dilacion, se acordó que el Presidente y el Arzobispo se saliesen del Cuzco á la provincia de Apurimá, que es doce leguas, á hacer el repartimiento, llevando consigo solo el secretario por poderlo hacer con mas libertad y evitar las importunidades de la gente. Y así se acabó, dando de comer á los capitanes y gente mas señalada, segun los méritos y servicios de cada uno, mejorando á unos y dando de nuevo á otros; y valió la renta que estaba vaca y se repartió mas de un millon de pesos

de oro, porque (como se puede colegir desta historia) todos los principales repartimientos de la tierra estaban vacos, porque Pizarro habia muerto so color de justicia ó en batallas á los que los tenian encomendados por su majestad, y el Presidente habia justiciado á muchos á quien los habia dado Pizarro, aunque todos los principales tenia en su cabeza para los gastos de la guerra; y á estas personas á quien dió las encomiendas impuso pensiones de á tres y cuatro mil ducados en dinero, mas ó menos, segun la renta principal, para repartirlos entre los soldados, á quien no habia otra cosa que dar, para que se apercebiesen de armas y caballos y otras cosas, y enviarlos por diversas partes á descubrir la tierra; y aun con todos estos cumplimientos que hizo, le pareció al Presidente que seria mas conveniente y menos peligroso irse él á la ciudad de los Reyes, y el Arzobispo volviere en su lugar al Cuzco á publicar el repartimiento y dar los dineros segun la orden que para ello traia; y así se efectuó, aunque no dejó de haber grandes quejas de soldados, fundando cada uno cómo tenia mas méritos para conseguir los indios que aquellos á quien se habian encomendado; y no bastaron los cumplimientos y promesas que sobre esto hizo el Arzobispo y los otros capitanes, para que no hubiese motines y alteraciones entre la gente, los cuales concertaban de prender al Arzobispo y á los otros principales, y enviar al licenciado Cianca por embajador al Presidente para que revocase el repartimiento hecho, y hiciese otro de nuevo desagraviándolos; donde no, que se alzarían con la tierra; y por la buena orden que en esto se tuvo, vino á noticia del licenciado Cianca, que allí habia quedado por justicia mayor, y prendió y castigó los promovedores del motin; y con esto quedó todo en paz.

CAPITULO X.

De cómo el Presidente envió á prender á Pedro de Valdivia, y de los gastos que hizo en la guerra desde que llegó á Tierra-Firme hasta que la feneció.

Antes que el Presidente saliese en la ciudad del Cuzco, por gratificar lo mucho que Pedro de Valdivia le habia servido en esta guerra, le conformó y dió de nuevo la gobernacion de la provincia de Chili, que hasta entonces habia administrado, y para juntar gente y proveerse de armas y caballos y otras cosas necesarias, Pedro de Valdivia se fué á la ciudad de los Reyes, por haber allí para ello mejor comodo; y después que la hubo aderezado y juntado consigo la gente que pudo, lo embarcó todo, y las naos se hicieron á la vela, y él quedó para irse por tierra hasta Arequipa. Y en este tiempo dieron noticia al Presidente cómo entre la gente que Valdivia llevaba consigo habia recogido ciertos caballeros soldados que sobre los negocios de Pizarro habian sido desterrados del Perú, y algunos para las galeras; sobre lo cual envió al general Pedro de Hinojosa para le prender, y como le alcanzó, le rogó mucho que se volviere con él al Presidente; y él no lo quiso hacer, confiado en la gente que llevaba; y creyendo que por causa della Hinojosa no se atreveria á intentar contra su voluntad, se descuidó de suerte, que con seis arcabuceros que él llevaba acometió á prenderle, y él, visto que no podia

hacer otra cosa, se fué con él al Presidente, donde, después que le satisfizo de la culpa que se le ponía, le hizo quedar los presos que consigo llevaba, y alcanzó licencia para continuar su jornada; y así, dió licencia á todos los demás vecinos que cada uno se fuese á su casa á descansar y restaurarse de sus gastos pasados, y algunos capitanes envió á descubrir, y él con los que le seguian se fué á la ciudad de los Reyes, dejando por gobernador de la ciudad del Cuzco al licenciado Carvajal. En este tiempo llegaron á la villa de Plata ciento y cincuenta españoles que venian, con Domingo de Irala, del rio de la Plata, y subieron tanto por él, hasta que llegaron al descubrimiento de Diego de Rójas, y de allí determinaron ir al Perú para pedir gobernador al Presidente; y vista su demanda, les dió por gobernador al capitán Diego Centeno, que con ellos y con la demás gente que pudiesen juntar volviere á hacer el descubrimiento y conquista, aunque después él no pudo ir, porque, teniendo casi aderezada la jornada, falleció; y el Presidente nombró en su lugar otro capitán que fuese á esta conquista del rio de la Plata; este rio nace de las cordilleras nevadas que están en el Perú, entre la ciudad de los Reyes y el Cuzco, donde salen cuatro rios, nombrados de las primeras provincias por donde pasan, uno se llama Apurimá, otro Vilcas y otro Avancay y otro Jauja, que sale de una laguna de la provincia que se llama Bombon, que es la mas llana y mas alta tierra del Perú, á cuya causa siempre en ella graniza. La orilla desta gran laguna está bien poblada de indios, y dentro en ella hay muchas isletas llenas de juncos y espadañas y otras yerbas, donde los indios crían sus ganados. En la expedicion desta guerra de Gonzalo Pizarro que arriba está contado gastó el Presidente mucha suma de dineros, así en hacer pago y socorros á soldados, como en darles armas y caballos y bastimentos y fletes y matalotaje y artillería, y municiones para ella; y con hacerse todo á la mayor ventaja que fué posible, desde que llegó á Tierra-Firme hasta la victoria se gastaron mas de novecientos mil castellanos, la mayor parte de los cuales tomó prestados de mercaderes y otras personas, porque los quintos reales todos los habia tomado y gastado Gonzalo Pizarro. Y así, después de pacificada la tierra, el Presidente comenzó á recoger todos los dineros que pudo, así de los quintos reales como de los bienes confiscados y de las condenaciones de personas, y de lo restante ajuntó mas de millon y medio de ducados de diversas partes de aquella provincia, aunque la principal parte se trajo de la provincia de los Charcas (como arriba lo hemos contado), y todo lo recogió en la ciudad de los Reyes. Puso gran diligencia en proveer que, conforme á las ordenanzas, no se cargasen los indios, así porque de los trabajos de las cargas habia perecido gran número dellos, como porque con el aparejo que con estos hallaban los españoles para caminar, no asentaban en ningun pueblo, y se andaban ociosos de unas partes á otras, sin aplicarse á oficios ni á otro género de trabajo; y demás desto, después de tener el Presidente asentada la audiencia real en la ciudad de los Reyes, comenzó á entender en hacer la tasacion de los tributos que los indios habian de dar á los españoles, porque hasta entonces nunca se habia

hecho, por causa de las guerras y revoluciones que en aquella provincia hubo desde que se descubrió, sino que cada español tomaba de su cacique el tributo que le daba, y otros que no se habian tan templadamente les pedian mucho mas de lo que les podian dar, y se lo sacaban por fuerza; y algunos que en esto tenian mas disolucion, los sacaban con tormentos y muertes de algunos indios, confiados en que por causa de las guerras no se podria saber, ó si se supiese, no serian dello castigados. Y la tasacion se comenzó á hacer en conformidad de los indios y de los mas españoles, informándose el Presidente y oidores de los frutos que producía la provincia que se tasaba, ó si habia en ella minas de oro ó de plata ó abundancia de ganado, haciendo la tasacion teniendo respecto á todo esto y á otras particularidades que se requerian.

CAPITULO XI.

De cómo el Presidente, dejando asentadas las cosas del Perú, se embarcó para España, y de lo que en el camino le aconteció.

Viendo el Presidente que los negocios del Perú estaban tan llanos y asentados como hemos contado, y que los soldados y gente de guerra estaban derramados, habiéndose enviado los mas á la provincia de Chili y á la de Diego de Rójas y á otros descubrimientos y entradas debajo de sus capitanes, y los demás que quedaron en el Perú se habian aplicado á ganar de comer cada uno en el oficio que sabia, y otros tratando en el negocio de las minas; y considerando asimismo que la audiencia real y los gobernadores por ella nombrados hacian justicia sin impedimento ni embarazo alguno, determinó venirse á estos reinos usando de la licencia que de su majestad habia llevado para que cada y cuando que le pareciese se pudiese venir; y lo que principalmente le movió fué traer consigo tanta cantidad de dineros como arriba tenemos dicho que tenia juntos de la hacienda real, pareciéndole que ni ella estaba segura en parte donde no habia fuerza ni seguridad para guardarse, y que so color de robarle (si á tales términos viniera) se podian levantar nuevas alteraciones en la tierra; y así, después que la tuvo embarcada, y aparejadas todas las otras cosas necesarias para su navegacion, sin dar parte á nadie hasta entonces de su deliberacion, envió á llamar al cabildo de la ciudad de los Reyes, y les propuso lo que tenia determinado; y aunque ellos le hicieron un requerimiento proponiéndole los inconvenientes que podian suceder de venirse hasta que su majestad proveyese nuevo presidente ó vi orey en la tierra, él respondió satisfaciéndoles á todo; y así, se fué á embarcar, y desde la nao hizo segundo repartimiento de todos los indios que habian vacado después que se habia hecho el primer repartimiento cerca del Cuzco, que eran muchos y muy señalados, porque habian fallecido en este medio tiempo Diego Centeno y Gabriel de Rójas y el licenciado Carvajal y otras algunas personas principales y señaladas en la tierra, aunque por ser tantos los que pretendian ser proveidos y mejorados, y que no se podia cumplir con todos, le pareció no esperar á oír las quejas de los que se habian de tener por agraviados. Y así, hechas las cédulas de las encomiendas, las dejó señaladas en